

Corea del Sur y Corea del Norte en la relación política sino-estadounidense, 1950-2000*

DOI: 10.32870/mycp.v7i22.228

José Jesús Bravo Vergara*

La problemática de la península de Corea implica una profunda relevancia en la historia de la relación política sino-norteamericana. No sólo representa la única confrontación armada a gran escala que ha habido entre Estados Unidos y la República Popular China, sino que también puede considerarse, por su connotación ideológica y geoestratégica en el conflicto este-oeste, como la primera confrontación armada de la era bipolar. Asimismo, el fin de la guerra fría no ha podido terminar el problema que aún permanece en Corea; el asunto sigue involucrando de forma directa tanto a Estados Unidos como a China, quienes mantienen una poderosa influencia en la zona. No obstante, el interés común en la estabilidad de la región ha motivado a ambas naciones a entablar un trabajo de colaboración que no sólo se dirige al marco de la cooperación bilateral en el asunto de Corea, sino que también infiere una especie de mecanismo que mide la propia capacidad de Washington y Pekín para entablar una dinámica de cooperación.

Tras medio siglo de la Guerra de Corea (1950-1953), y aún cuando los norteamericanos mantienen una capacidad de disuasión considerable en la región, Pekín y Washington han iniciado un proceso de negociaciones en donde el objetivo principal ha sido impedir cualquier esbozo de inestabilidad en la zona y de

finalizar en definitiva con una guerra que oficialmente no ha terminado.

China ha dejado sentir su influencia sobre Corea del Norte en lo referente a su programa nuclear. Mientras que Estados Unidos y Corea del Sur han procurado emprender un papel más cooperativo y constructivo hacia Corea del Norte, con el fin de terminar con su aislamiento y establecer garantías para la estabilidad de la península. Así, mediante las llamadas pláticas de las cuatro partes, entre China, Estados Unidos y las dos coreas, se ha comenzado con una fase de cooperación conjunta encaminada al fin de una problemática que afianzó las posiciones encontradas en el mismo inicio de la guerra fría.

En este artículo analizo la importancia que Corea ha tenido en la relación política sino-norteamericana, su trascendencia histórica desde el propio conflicto armado y el período de la guerra fría, y la dinámica posterior al fin de la era bipolar hasta el año 2000. Además, estudio la relación sino-norteamericana desde el enfoque constructivista por medio de los apartados de identidad, anarquía y legitimidad, y de poder, balance de la amenaza y seguridad nacional. Asimismo, presento una explicación neorrealista sobre el tema con sus respectivos apartados de anarquía, preferencias y supervivencia, y poder y balance de poder para tener una visión que nos ayude a explicar la problemática actual. Finalmente, expongo algunas conclusiones específicas sobre la complementariedad del constructivismo y el neorrealismo, con el objetivo de establecer que la primera perspectiva aporta una explicación más sólida y completa de la relación política de Estados Unidos, China, Corea del Norte y Corea del Sur.

- Este artículo corresponde a una de las líneas de investigación de la tesis "La relación política sino-estadounidense después de la guerra fría, 1989-2000: una cuestión de identidades", realizada para obtener el grado de Maestro en Ciencias Sociales con especialidad en Relaciones Internacionales y Estudios del Pacífico de la Universidad de Guadalajara dentro del programa Conacyt.

* Investigador del Departamento de Estudios Internacionales, de la Universidad de Guadalajara.

Relación política entre China, Estados Unidos, Corea del Norte y Corea del Sur antes de 1989

Planteada inicialmente como un conflicto de carácter interno, la Guerra de Corea (1950-1953) ha sido considerada, a excepción de la crisis de los misiles cubanos, como la más grave amenaza para la paz mundial tras el fin de la segunda guerra mundial en 1945, y como la única confrontación militar directa entre tropas norteamericanas y chinas.

Tras 32 años de dominio japonés, la Península de Corea fue liberada por fuerzas aliadas soviéticas y estadounidenses, quienes en el planteamiento de la guerra fría promovieron y crearon distintos regímenes en sus respectivas zonas de ocupación —en el norte y en el sur, respectivamente—, cuyo antagonismo les llevaría a una guerra de tres años y a la intervención directa de Estados Unidos y China.

El secretario de Estado norteamericano en ese entonces, Dean Acheson, había anunciado el perímetro defensivo de Estados Unidos en el Pacífico, como una línea que conectaba al Japón, Okinawa, Filipinas y las islas Aleutianas, relegando a una frágil protección tanto a Taiwan como a Corea del Sur (Hinton, 1966: 258).

Esta situación influyó en los cálculos del líder norcoreano Kim Il Sung para unificar la península por medio de una rápida campaña militar. Por su parte, José Stalin dio por bueno el proyecto de Pyongyang, pero exigió a Kim que consultara a Mao Tse Tung debido a la experiencia de éste en la guerra civil china (Anguiano, 2001: 200). Asimismo, Moscú advirtió que en caso de fracasar los soviéticos no intervendrían para salvar la situación.

El ataque norcoreano comenzó el 25 de junio de 1950, causando una total sorpresa táctica. Para principios de agosto ya había empujado a las tropas sudcoreanas hasta las márgenes del río Naktong, adentro del territorio sudcoreano. La respuesta estadouniden-

se no se hizo esperar y a mediados de agosto, bajo la bandera de Naciones Unidas y el apoyo de tropas de otras quince naciones, el ejército norteamericano inició un contraataque. La contraofensiva estadounidense logró tal magnitud que las tropas aliadas rechazaron a los efectivos norcoreanos hasta el paralelo 38 en pocos días. Para noviembre los aliados ya habían alcanzado las márgenes del río Yalú en la frontera con Manchuria, pese a las advertencias de China (Hinton, 1966: 264).

El 20 de agosto de ese mismo año, Zhou En-lai había declarado que Corea había reemplazado a Formosa como el motivo más urgente de atención exterior debido a su trascendencia en la propia seguridad de China y por tratarse de un estado “fraternal” comunista. Sin embargo, es necesario precisar que en el esquema defensivo de China, el elemento de la seguridad era mucho más consistente que el del simple apoyo a sus “camaradas” norcoreanos (*ibid.*: 264-265).

El mando estratégico chino tenía presente el riesgo militar que estaba corriendo, principalmente ante la posibilidad de que Estados Unidos pudiera utilizar bombas atómicas contra las tropas chinas en Corea o contra la misma China, de modo que el gobierno chino siempre mantuvo que las tropas chinas en Corea eran voluntarias, aunque nadie dio crédito de ello (*ibid.*: 267). Finalmente, tras un estancamiento en sus posiciones y el peligro de una conflagración aún mayor, la guerra se detuvo por medio de una tregua el 27 de julio de 1953 (Chen, 2000: 401).

El enorme esfuerzo tuvo dos caras extremas en el ánimo del pueblo chino, ya que si por un lado Pekín consideró una victoria moral haber enfrentado y detenido a la mayor potencia del mundo en una guerra en la que Estados Unidos intervino a fondo apenas trece meses de haber proclamado la República Popular China, por el otro lado las enormes pérdidas humanas, políticas, económicas y sociales pospusieron la aplicación de programas de avance económico al interior de China.

Del mismo modo, las pérdidas de guerra, del equivalente de 10 mil millones de dólares estadounidenses en aquel entonces, la imposición de un embargo económico por parte de Estados Unidos, así como la obstaculización norteamericana para la entrada de la República Popular China al seno de la ONU, complementaron el costo general que sufrió China en su intervención en la Península de Corea (Anguiano, 2001: 202-203).

El papel posterior de China en la península se dirigió exclusivamente a una relación política con Corea del Norte, a la que apoyó en su agresiva política contra Seúl (Sneider, 1986: 118). A su vez, Pyongyang estableció una especie de equilibrio estratégico-ideológico con China y la Unión Soviética durante la época de la guerra fría, asegurando para sí cierta autonomía.

La intervención de Estados Unidos en Corea del Sur fue esencial para la contención de cualquier nuevo intento de ataque comunista. Se estableció una alianza militar y se desplegó un contingente de 36 000 soldados, que hasta la fecha permanecen. Del mismo modo, los norteamericanos apoyaron la instauración de regímenes autoritarios, mientras fueran de tendencia anticomunista (Weeks y Meconis, 1999: 22).

Washington ayudó a la reconstrucción y la supervivencia del país por medio de la construcción y solidificación de una economía moderna. De esta forma, la posición geoestratégica de Seúl como bastión contra el comunismo se vio beneficiada por el apoyo estadounidense en el pago de su cuenta de defensa. Asimismo, debido a los intereses norteamericanos, se ayudó en la constitución de un numeroso y adiestrado ejército sudcoreano de 600 000 hombres (Ross, 1986: 79).

El desarrollo de la guerra fría y su posición geográfica ayudaron al crecimiento de la economía sudcoreana, principalmente durante la guerra de Vietnam (1963-1975), ya que era la base de distribución de los suministros de

las fuerzas norteamericanas que luchaban contra las fuerzas comunistas en ese país.

Mientras que en Corea del Norte Kim Il Sung gobernó con mano de hierro hasta el día de su muerte, paradójicamente y a pesar de la presencia de fuerzas norteamericanas en la península, la política interna de Corea del Sur se vio enturbiada por golpes de Estado, constantes revueltas y protestas estudiantiles, así como magnicidios, como ocurrió con Park Chung-Hee.

Al inicio de la década de los ochenta el entonces presidente sudcoreano Chun Doo Hwan propuso entablar una discusión relativa a la unificación de la península e invitó al mítico Kim Il Sung (padre) a visitar Seúl sin ninguna precondición, pero el líder norcoreano rechazó la oferta (Heo y Hyun, 2001: 92). Posteriormente, la situación política entre las dos coreas se dificultó, esencialmente por la implicación de Pyongyang en un atentado con bomba contra la delegación sudcoreana en Rangún (Ross, 1986: 118).

Asimismo, la relación de Corea del Norte con la RPC se vio un tanto afectada por la política de contacto que China desarrolló con Corea del Sur bajo el pretexto de un avión chino secuestrado y que había sido dirigido hacia Seúl (Levin, 1988: 189). La relación entre los dos países creció debido principalmente al comercio y al ámbito deportivo, como los juegos asiáticos de 1986 y las Olimpiadas de 1988, ambas celebradas en Seúl y las cuales fueron boicoteadas por Pyongyang. Después, Pekín y Seúl normalizaron sus relaciones diplomáticas.

Aunque las relaciones de China con Corea del Norte durante la década de los ochenta se vieron afectadas por el acercamiento chino con Corea del Sur y el fallo en el apoyo de China de la explicación de Pyongyang en el atentado de Rangún en 1984, así como por un nuevo acercamiento norcoreano con la URSS, la aproximación moderada que a mediados de los ochenta llevaron a cabo los líderes norcoreanos con respecto a Corea del Sur fue

en parte el resultado de la presión que Pekín ejerció sobre ellos (Ross, 1986: 119).

En 1988 el presidente sudcoreano en turno, Roh Tae Woo, hizo un esfuerzo por reducir la tensión en la península y realizó varias propuestas entre las que destacaron las referentes a la posibilidad de unificación y prosperidad, así como declaración de autoestimación nacional. Del mismo modo, declaró que Corea del Sur debería promover el intercambio y las visitas entre los residentes de ambas coreas de forma libre (Heo y Hyun, 2001: 93).

Relación política entre China, Estados Unidos, Corea del Norte y Corea del Sur después de 1989

Con el fin de la guerra fría en 1989, Corea del Norte comenzó a perder el apoyo en el exterior que Moscú le había brindado. Con ello, sus contactos con otros países se redujeron y solamente el apoyo de China y Corea del Sur impidieron que Pyongyang se aislara completamente del mundo.

A principios de los noventa Corea del Norte cernió una nueva preocupación en la península, cuando desplegó un ambicioso programa nuclear con el objetivo de desarrollar misiles nucleares de largo alcance, con el cual la amenaza no sólo abarcaba a Corea del Sur, sino también a Japón.

En 1989 Seúl había comenzado una dinámica para lograr un acercamiento con su vecino del norte. El proceso tuvo buenos resultados y permitió que ambas coreas firmaran un acuerdo de no agresión, intercambio y cooperación en diciembre de 1991. Por medio de este pacto, Corea del Norte y Corea del Sur acor-

daron reconocer sus respectivos sistemas políticos y se comprometieron a no intervenir en los asuntos internos del otro. Del mismo modo, Seúl y Pyongyang firmaron lo que se denominó la *Declaración Conjunta de Desnuclearización de la Península de Corea*, con lo cual se detuvo —al menos de momento— el programa de desarrollo militar nuclear de Corea del Norte (*idem*).

En 1993 el gobierno norcoreano anunció que haría a un lado sus obligaciones en el Tratado de *No Proliferación Nuclear* debido a la negativa de Washington y Seúl de detener el ejercicio militar denominado “Espíritu de equipo” (*idem*). Con ello se despertó el temor de una nueva confrontación en la península.

Sin embargo, con el afán de solucionar la crisis nuclear, Seúl propuso entablar pláticas de alto nivel con Pyongyang. Por su parte, Corea del Norte propuso entablar una reunión de alto rango. Tras dos juntas preeliminares, la principal se acordó realizarla en Pyongyang, entre el 25 y el 27 de julio, pero con la muerte de Kim Il Sung el 8 de julio, la reunión fue cancelada y los contactos entre los dos países se detuvieron (*ibid.*: 94).

En octubre de 1994 Estados Unidos y Corea del Norte firmaron un acuerdo, el cual se configuró como el primer paso para ultimar el desmantelamiento del programa de armas nucleares norcoreano (Weeks y Meconis, 1999: 51).

Bajo este argumento, el entonces presidente norteamericano, Bill Clinton, promovió un acuerdo con Corea del Norte en el cual se comprometía a suministrar comida a Pyongyang. De este modo, resolvieron de momento la volátil situación que se había creado a principios de los noventa (DeRouen Jr., 2001: 77).

La problemática que aún persiste entre Corea del Norte y Corea del Sur ha sido uno de los factores determinantes para que Estados Unidos mantenga su presencia en el área como elemento estabilizador

El resultado fue todavía más favorecedor para los esfuerzos de estabilización en la península cuando Estados Unidos y Corea del Sur se comprometieron a suministrar reactores núcleo-eléctricos y 500 000 toneladas anuales de crudo, y a levantar gradualmente el embargo comercial, del mismo modo se abocaron a establecer bases de diálogo para iniciar relaciones (Anguiano, 1997: 55).

Por su parte, con el objetivo de reactivar el acercamiento entre las dos coreas, la administración del nuevo líder sudcoreano Kim Young Sam movilizó la promoción de un diálogo bilateral que recibió el apoyo de Estados Unidos. Ambos países interesaron a China para que los apoyara en su intento de entablar negociaciones con Corea del Norte (Heo y Hyun, 2001: 94). A su vez, China hizo sentir su influencia para que Pyongyang suspendiera su programa nuclear, y medió junto a Estados Unidos la promoción de las pláticas destinadas a la estabilización de la península.

Estos acuerdos contribuyeron a lograr la creación de las pláticas de las cuatro partes de la península coreana entre Estados Unidos, la República Popular China, Corea del Sur y Corea del Norte, y estuvieron diseñados para llegar a una conclusión negociada del estado formal de guerra entre las dos coreas y a una eventual unificación pacífica de la península.

En abril de 1996 se llevaron a cabo en Berlín, Alemania, las pláticas conocidas como “Buen comienzo” entre Estados Unidos y Corea del Norte, las cuales se dirigían al asunto de los misiles nucleares. Al mismo tiempo, Pyongyang propuso a Washington firmar un acuerdo de paz por separado de Corea del Sur pese a la inconformidad de Seúl. Por su parte, Estados Unidos urgió a Pyongyang al diálogo con Seúl y rechazó la oferta que Corea del Norte había hecho (Hee, 1997: 336).

Ese mismo mes los presidentes de Estados Unidos y Corea del Sur se reunieron en Seúl con el objetivo de, entre otras cosas, valorar de forma completa la cuestión de seguridad en la península y contener el creciente reto

que imponía Corea del Norte, así como reafirmar el acuerdo de defensa mutua en un claro mensaje de disuasión a Pyongyang (Hee, 1997: 339). Tras la mencionada reunión, ambos presidentes convocaron a Corea del Norte y a China a iniciar un proceso que apuntara a construir una nueva estructura de paz que reemplazara las más de cuatro décadas de armisticio que hasta ese momento habían vivido (*ibid.*: 338).

La participación de Pyongyang fue titubeante debido a una posición constantemente obstruccionista. Incluso en septiembre de ese mismo año se presentó un incidente en el cual estuvo implicado un submarino norcoreano que provocó la movilización de tropas sudcoreanas y norteamericanas alrededor de la zona. De esta forma, se presentó el caso de tensión más grave de los últimos años en la península (*ibid.*: 336).

No obstante, la desesperada situación en el sector agrícola norcoreano causada por los terribles temporales de lluvia que habían arrasado con las cosechas en 1995, forzaron al régimen de Kim Jong Il —hijo de Kim Il Sung— a buscar asistencia internacional (Eliot, 1996: 11). De esta forma, Seúl y Washington promovieron el inicio de negociaciones con Pyongyang, a cambio de proporcionarle ayuda humanitaria. Kim Jong Il aceptó y los suministros enviados permitieron aliviar un poco la hambruna que ya había hecho estragos en el pueblo norcoreano. Así, a pesar de las tensiones, las pláticas de las cuatro partes fueron celebradas el 9 de diciembre de 1997 y el 16 de marzo de 1998. Sin embargo, éstas fallaron en los resultados importantes (Heo y Hyun, 2001: 94).

Del mismo modo, ante la retención del Congreso estadounidense de los fondos destinados a Corea del Norte, y por ende, la lentitud de Washington para cumplir sus compromisos, Pyongyang anunció a mediados de 1998 la suspensión del marco de trabajo acordado, firmado en 1994. Así, en agosto de 1998 Corea del Norte lanzó el misil tipo Rondong I con un rango de alcance de 1 000 kilómetros (DeRoguen Jr., 2001: 78), y en 1999 amenazó con probar misiles cuyo rango de al-

cance era mayor. Esta situación fue percibida por Washington como un desafío inmediato para su defensa estratégica (Uscanga, 2000: 104-105). Estados Unidos utilizó la acción norcoreana como una excusa para retractarse de las obligaciones que había adquirido en las juntas del marco de trabajo acordado. Sin embargo, tras su primer viaje a Pyongyang a finales de mayo de 1999 y como respuesta a la terrible crisis alimenticia del pueblo norcoreano, proporcionó ayuda humanitaria y el suministro de 100 000 toneladas cúbicas de comida, así como un proyecto coordinado con organizaciones no gubernamentales de Estados Unidos para introducir una nueva variedad de papas en las granjas norcoreanas.

Cuando subió al poder el actual presidente sudcoreano Kim Dae Jung, introdujo la política de unificación llamada de los “tres escenarios”, los cuales abarcan tres principios fundamentales: “coexistencia pacífica, intercambio pacífico y unificación pacífica”. Del mismo modo, argumentó que dicha política requería del reconocimiento de la existencia de cada entidad, así como la construcción de un ambiente de confianza en donde el intercambio económico y los esfuerzos de cooperación guiarán a tal unificación (Heo y Hyun, 2001: 95).

El 23 de noviembre de 2000, la secretaria de Estado Norteamericana Madeleine Albright arribó a Corea del Norte con el fin de incentivar una aproximación entre Washington y Pyongyang. Albright se reunió con el líder Kim Jong Il y hablaron acerca de la posibilidad de que Corea del Norte abandonara la idea de continuar con su programa de misiles a cambio de ayuda humanitaria y tecnológica. A su vez, el líder norcoreano afirmó que las relaciones con Estados Unidos eran de suma importancia para la seguridad de la península de Corea y del noreste asiático. Esta situación recibió el apoyo de Pekín, que de inmediato mandó una congratulación a los representantes de los dos países (*El Financiero*, 24 de noviembre de 2000).

Explicación constructivista de la relación política entre China, Estados Unidos, Corea del Norte y Corea del Sur

El enfoque constructivista otorga una visión presumiblemente más completa de la realidad de la relación política entre China, Estados Unidos, Corea del Norte y Corea del Sur. Como ya se ha dicho, esta perspectiva hace hincapié en la trascendencia de las identidades de los Estados. Además, tiene el mérito de destacar la importancia de las preferencias en la política externa, así como las que están desarrollando los Estados cuyas preferencias en política exterior son diferentes.

Por ello, mediante elementos como la identidad, la anarquía, la legitimidad, el poder, el balance de la amenaza y la seguridad nacional se presenta una explicación coherente sobre la trascendencia que la cuestión de Corea tiene en la relación política entre Estados Unidos y China.

Identidad, anarquía y legitimidad en la relación política entre China, Estados Unidos y la Península de Corea

Durante la mayor parte de la guerra fría la historia de la relación política entre Estados Unidos y China respecto a la península de Corea se configuró bajo un esquema de confrontación basado en una posición irreconciliable de carácter ideológico. Ahora, tras el fin de la era bipolar ambos países, así como las dos coreas, se han sumergido en una dinámica que precisa la necesidad de entablar una cooperación estratégica que contribuya a la estabilidad regional.

Bajo un enfoque constructivista, el primer elemento que se desea mostrar es la incorporación de las identidades con el objetivo de exhibir cómo éstas son construidas en lo social. Dichas identidades son inherentemente relacionales y representan las expectativas y los entendimientos que los actores desarrollan de sí mismos (Wendt, 1992: 397).

El párrafo anterior muestra un contexto general bajo el cual el asunto de la península de Corea, China y Estados Unidos desarrollan una interacción social en la que despliegan sus identidades en pos de sustentar su posición respecto al otro y, conforme a ello, muestran sus intereses y preferencias. Según Alexander Wendt, la identidad implica una multiplicidad de valores que abarcan desde la soberanía, “el liderazgo del mundo libre”, “el poder imperial”, “el promotor de la estabilidad o de la unificación” y el de la “total autonomía” respecto a alguna forma de gobierno (*ibid.*: 398).

Bajo este esquema, el asunto de Corea muestra la interacción que han desarrollado Estados Unidos y China, la cual se ha abocado en los últimos años a demostrar sus respectivas posturas en política exterior. De la misma forma, describe que la influencia de Washington y Pekín sobre Corea del Sur y Corea del Norte respectivamente, ha trascendido para que, caracterizadas por proyectos desarrollados por sus respectivos regímenes, Seúl promueva la unificación de Corea respaldado por su próspera economía y Pyongyang acceda a entablar negociaciones dirigidas a disminuir la tensión en la península.

Para Estados Unidos la cuestión de la península coreana representa la continuidad de su rol como elemento estabilizador en el área (Eliot, 1996: 28) y extiende su típico papel de defensor de la democracia y la libertad, y contra las amenazas lanzadas por un régimen totalitario, considerado como rebelde, calculador y agresivo que apuesta por una incipiente pero constante intimidación nuclear, como lo hace con frecuencia Corea del Norte.

Para China la cuestión en la península de Corea ilustra junto al desarrollo de un ambiente favorable en Asia del Este y la unificación con Taiwan, uno de los tres principios de los intereses de seguridad nacional, el referente a la “estabilidad de su periferia” (Wu, 2000). La situación también abarca el deseo de Pekín de una mayor participación en los asuntos del área bajo cierta “autopercepción” de actor indispensable para la estabilidad regional.

La actual situación en la península también acciona una dinámica que difiere abiertamente de la estrechez de interrelación que imponía el esquema cerrado de la era bipolar, de modo que si antes los movimientos diplomáticos de Corea del Sur y de Corea del Norte estaban sujetos a las respectivas estrategias que por lado desarrollaban Estados Unidos y por otro la Unión Soviética y China, en la actualidad la interacción que China, Estados Unidos y las dos coreas fomentan, enmarca un entorno más abierto y que ya no se sujeta estrictamente a las características de confrontación inevitable o hegemónica.

En esta perspectiva, los tipos de régimen, las identidades que desarrollan los Estados, y por ende sus preferencias, no sólo están interactuando de una forma estratégica, sino que también producen políticas y resultados en el contexto regional. De esta forma, como producto de los procesos y las interacciones entre ellos, los intereses y las preferencias no sólo forman sus identidades, sino que además las reforman continuamente (Horowitz, 2001: 42).

El fin de la guerra fría también ha influido para que China y Estados Unidos activen relaciones directas con Corea del Sur y Corea del Norte, respectivamente. Por ejemplo, Estados Unidos y Corea del Norte han sostenido pláticas bilaterales dirigidas al replanteamiento del programa militar nuclear de Pyongyang, mientras que desde la normalización de relaciones diplomáticas en 1992, China y Corea del Sur han incrementado sus relaciones comerciales al grado de que cada uno de ellos representa para el otro el tercer socio comercial. Asimismo, la posición diplomática china se ha visto beneficiada por una buena percepción por parte de Seúl, que ve en China no sólo a un importante socio económico, sino también a un actor cuyo rol resulta indispensable en el enlace y la simplificación de la relación entre las dos coreas.

El elemento de la anarquía también juega un papel determinante en la influencia de la problemática de Corea en la relación política entre Estados Unidos y China. Con este elemen-

to se muestra que a pesar de la ausencia de reglas centrales en el sistema internacional, la perspectiva constructivista sostiene que la anarquía no tiene que ser necesariamente conflictiva; el propio sistema internacional muestra que la práctica de las normas por parte de los actores ayuda a instrumentar cierto tipo de orden a través de la colaboración (Hurd, 1999: 399-400). La anarquía sigue siendo considerada como la causa principal de las amenazas, los conflictos y las tensiones entre los países (Hurd, 1999: 399). Sin embargo, Wendt argumenta que la amenaza en el sistema no se desarrolla de una forma natural, sino que es progresivamente construida (Wendt, 1992: 404).

La percepción de amenaza en la península de Corea se concentra esencialmente en la interpretación por parte de Estados Unidos y Corea del Sur de que el régimen “comunista” norcoreano es propenso a utilizar la agresión. Dicha percepción se ha incrementado a medida que Pyongyang realiza sus pruebas de misiles nucleares. De esta manera, Pyongyang crea la opción de una posible invasión, así como la capacidad para repeler un contraataque (Horowitz, 2001: 52).

Esta actitud parece ser más el resultado del peligro de colapso que sufre el régimen norcoreano, es decir, Pyongyang trata de abrir una válvula que ayude a distraer a la población norcoreana de las tensiones provocadas por la falta de alimentos, la austeridad económica y las tensiones sociales internas por medio de la motivación del patriotismo (Anguiano, 1997: 23). Ello muestra entonces que no se trata de una amenaza con objetivos expansionistas.

Del mismo modo, la amenaza que Corea del Norte percibe de la alianza entre Washington y Seúl puede deducirse como cuestionable. La posibilidad de invasión por parte de estadounidenses y sudcoreanos es dudosa, debido a que dicha alianza tiene el objetivo de servir como un simple mecanismo de disuasión contra cualquier agresión que los propios norcoreanos pudieran iniciar. Por tanto la posible agresividad de Corea del Norte pre-

supone una respuesta contundente de Estados Unidos y Corea del Sur, que no sólo advierte a Pyongyang de desistir de su actitud, sino que también amenaza por rebote al propio régimen norcoreano.

Sin embargo, la situación no se detiene ahí, sino que se extiende a China, debido a que cualquier acción bélica que Washington y Seúl realicen contra Corea del Norte provocará una reacción por parte de Pekín, que es altamente susceptible, en especial, al acercamiento de tropas estadounidenses a sus fronteras. Para Wendt un proceso de señalamientos, interpretaciones y respuestas como éstas complementan un acto social y activan un proceso de significación intersubjetiva (Wendt, 1992: 405).

China tiene presente que ahora es un actor cuya fuerza es esencial para la estabilidad de la península. Asimismo, sabe que cada vez que Corea del Norte causa alguna tensión, Pekín también se ve directamente afectada. Esta situación se ha venido presentando porque desde la realización de las pruebas nucleares por parte de Corea del Norte, la posibilidad de una alianza militar entre Estados Unidos, Corea del Sur y Japón, así como la puesta en marcha del *Teather Missile Defense* se ha ido incrementando, y aunque estos movimientos defensivos estarían dirigidos en un principio a Pyongyang, complicaría a China la posibilidad de recobrar Taiwan en caso de que percibiera que tiene que utilizar la fuerza. De este modo, se muestra lo que Marcus Noland aduce acerca de que cuando Corea del Norte actúa de una forma agresiva, China sale perdiendo (Holland y Shim, 2000: 17).

La legitimidad también ha jugado un papel importante. El cumplimiento de las normas se ha convertido en una obligación moral que actúa como un mecanismo de control social dentro de la estructura internacional (Hurd, 1999: 399). Bajo este argumento, la legitimidad se está desarrollando a través del acercamiento que Washington ha llevado a cabo con Pyongyang y con la normalización de las relaciones diplomáticas de China con Seúl.

Del mismo modo, el planteamiento de una dinámica de cooperación entre China, Estados Unidos, Corea del Norte y Corea del Sur ha permitido, al menos en cierta forma, la apertura de una opción que posibilita una trayectoria a un ambiente de estabilidad en la península, basada en la oportunidad de diseñar una opción que permita llegar a una conclusión negociada del formal estado de guerra entre ambas coreas por medio de la plática de las cuatro partes. Mientras tanto, en el aspecto interno promueve el reconocimiento mutuo por parte de las dos coreas y sus respectivos regímenes.

Lo más sobresaliente de dicha dinámica ha sido la influencia que Pekín ha tenido para que Pyongyang asumiera una postura de cooperación que resultó en su disposición de finalizar sus pruebas nucleares a cambio del término del embargo económico norteamericano y la compensación de las pérdidas de uno de sus únicos recursos para obtener divisas: la venta de equipos de misiles y tecnología al extranjero. Sin embargo, la lentitud y la poca voluntad de Washington para cumplir sus promesas ha desmotivado a Pyongyang sobre el avance que ya habían logrado, pero sobre todo menospreció el trabajo diplomático que Pekín ha llevado a cabo para solucionar un problema regional de tal magnitud y desestimó una posible posición de incertidumbre que muestra la actitud de desgano de Estados Unidos para cumplir con su palabra en una cuestión que tiene que ver con la seguridad nacional de China.

En general, en esta primera parte de la exposición constructivista sobre la relevancia de la cuestión de Corea en la relación política entre China y Estados Unidos, trato de explicar que a pesar de los desacuerdos y de algunas posiciones contrapuestas que aún permanecen, se ha presentado un proceso en el que China y Estados Unidos están desarrollando una evolución en la autopercepción de sus identidades posibilitada por la propia interacción social entre los actores. Ello no sólo ha permitido acordar una dinámica cooperativa encaminada a posibilitar un acuerdo para

terminar con el oficial estado de guerra entre las dos coreas y lograr la estabilidad en el área, sino también identificar el rol del otro en la región y actuar conforme a ello.

El poder, el balance de la amenaza y la seguridad nacional en la relación política China-Estados Unidos-Corea del Norte-Corea del Sur

Como ya se mencionó, el enfoque constructivista destaca el poder como un elemento que se respalda en su capacidad para producir resultados intersubjetivos (Hopf, 1998: 177). Esto indica que las consecuencias no dependen del despliegue único de capacidad material por parte de los actores, sino que mediante las interacciones y las prácticas sociales se plantea la reproducción de resultados. Sin embargo, el poder por sí mismo no fundamenta las amenazas o las alianzas, sino que son las identidades basadas en la práctica de valores las que las realizan y muestran el lugar que cada actor guarda frente a los demás.

Bajo este contexto la relación política entre China y Estados Unidos respecto al asunto de la península de Corea plantea una interacción en donde el poder y el balance de la amenaza se definen no sólo por la relevancia de las capacidades materiales de los actores, sino que es la interacción social entre los participantes la que domina el ambiente.

En esta parte, intento proporcionar, en primera instancia, una explicación particular acerca de la relevancia del poder en cuanto a la posición de Corea del Norte y Corea del Sur. Después, haré una descripción sobre la influencia que el asunto tiene en la relación política entre China y Estados Unidos.

Se percibe que Corea del Norte ha estado mostrando una actitud agresiva haciendo alarde de cierta capacidad militar. Sin embargo, el régimen norcoreano tiene en cuenta que un ataque convencional contra Corea del Sur es altamente susceptible al fracaso, más que por la capacidad de respuesta de Seúl, por la

magnitud de la posible respuesta militar, económica y política de Estados Unidos, así como la probable posición condenatoria por parte de su principal aliado, China (Roehrig, 2001: 110). Además, su dependencia del exterior en alimentos y en el suministro de energéticos limita cualquiera de sus acciones en el exterior.

El poder real de Corea del Norte radica en su fuerza discursiva y teatral. Es un Estado que recurre al exhibicionismo para llamar la atención. Esta actitud ha sido utilizada con frecuencia por Pyongyang a través de la llamada política “Brinkmanship” o política arriesgada (provocar crisis que lleven al borde de la confrontación y luego negociar), una maniobra diplomática peligrosa por medio de la cual ha accedido a entablar una brecha directa de negociación con Washington, con resultados favorables como el suministro de alimentos, de energéticos y de tecnología nuclear civil, pero que también influye en la relación directa entre Estados Unidos y China.

La fuerza de Seúl no reside sólo en su capacidad militar convencional —la cual se ha estado incrementando—, su creciente desarrollo económico y su posición en la alianza con Estados Unidos, sino que se respalda en el reconocimiento de la comunidad internacional como un régimen democrático y pacífico que busca solventar su posición por medio de la negociación y la prudencia antes que la guerra. Del mismo modo, el acercamiento con China y el reconocimiento de la importancia del rol de Pekín en la estabilidad de la península exhiben una habilidad diplomática importante que se convierte en un elemento efectivo que debe tomarse en cuenta.

Para Estados Unidos y China la complejidad del poder abarca varios campos, desde el militar hasta el diplomático. No obstante, las influencias política e histórica juegan un rol sumamente importante en el arsenal de su poder intersubjetivo. Por un lado, Washington considera que su poder económico, militar y tecnológico son de suma importancia en su estrategia de contención a Pekín y Pyongyang. Sin embargo, en su papel como “defensor” de

la democracia y la libertad, el poder de Washington exhibe un valor intersubjetivo que influye mucho en la opinión mundial en caso de que se vea obligado a contraatacar o incluso a derrocar al régimen norcoreano, sin importar que esto sea percibido como una amenaza para Pekín.

Sin embargo, Estados Unidos también debe tener en cuenta que el propio poder intersubjetivo que ejerce sobre Corea del Sur está sujeto a su misma estancia en la península, dado que si exige una mayor participación de Seúl en los gastos de su contingente en la península y se esfuerza en no reconocer la severa crisis económica de la cual Corea del Sur está saliendo (DeRouen, 2001: 85), el resentimiento del pueblo sudcoreano no tardará en aflorar y ello podría resultar en una pérdida de poder con respecto a la aceptación de la estancia de las tropas estadounidenses en el área, como ya se ha manifestado en diversas protestas estudiantiles.

China también refleja su poder, no sólo en su capacidad material, sino también en el poder basado en la influencia política e histórica en el área. De esta forma, a través de su despliegue diplomático en la región, no sólo asume una posición que afronta y participa en las problemáticas que se generan en la península, sino que también figura como un garante de los acuerdos a los que se lleguen.

Desde el principio, y con el deseo de hacerse sentir, China ha hecho lo posible por jugar un rol importante para la negociación en la península de Corea. Ejerció presión sobre el régimen norcoreano y tuvo un efecto positivo. Esta situación no es sino el reflejo de la utilización de China de la disputa nuclear actual de la península para demostrar su notable fuerza y su importancia regional.

La problemática de la península de Corea enseña que el poder de Estados Unidos y China no sólo ha residido en la capacidad de despliegue militar y material, sino que esencialmente se ha reflejado en un poder intersubjetivo apoyado en su influencia en la

zona y motivado en la necesidad de participación diplomática en la península. Con ello se muestra que ambos países no están midiendo directamente su poder bajo el temor de una posible confrontación, sino que en torno a sus intereses y preferencias utilizan su fuerza con el objetivo de impedir que por medio de una disputa derivada de sus respectivas posiciones en la península de Corea alguno pueda amenazar la percepción de seguridad nacional del otro.

La cuestión tiene aún mayor relevancia ante las constantes discusiones en la Casa Blanca sobre la necesidad de mejorar sus relaciones con China (Holland y Shim, 2000: 17). Estados Unidos tiene presente que una agresión proveniente de Pyongyang afecta no sólo la seguridad de un estado aliado, como Corea del Sur, sino también la credibilidad de su papel como “defensor” de la legitimidad y democracia. Por eso Washington se ha dado cuenta que no debe ignorar la importante influencia que Pekín mantiene sobre Pyongyang, así como la astucia de su diplomacia y su actual actitud cooperativa.

En ese sentido, al precisar Washington de una participación cooperativa de Pekín, no sólo China ve aumentar su poder, sino que Estados Unidos entiende y valora el poder chino en cuanto a que su participación complementa el funcionamiento de la dinámica de cooperación regional que se precisa para la estabilidad de la península. A su vez, la estancia de Estados Unidos en la zona se concibe como legítima, para China y aún para la propia Corea del Norte.

El dilema de la seguridad nacional es el elemento que conforma la columna vertebral de la problemática actual de la península de Corea. Durante los primeros años de su mandato, Mao argumentaba que la relación causal entre poder y seguridad era directa (Johnston, 1996: 236). Por ello, ante la percepción china de que el acercamiento de las tropas estadounidenses a sus propias fronteras amenazaba su seguridad nacional, la cuestión de Corea se convirtió en una situación que precisó de una

respuesta violenta de alta intensidad de su parte. Asimismo, para Estados Unidos la intervención en Corea obedeció a la necesidad de contener el expansionismo comunista en Asia del Este patrocinado por la Unión Soviética y China.

Ahora, tras el fin de la guerra fría, la problemática de Corea ya no representa el argumento de una lucha por el poder entre el hegemon y la potencia regional que lanza el reto en nombre de una ideología o de la búsqueda de la hegemonía, sino que es un dilema que envuelve una situación de seguridad nacional, en la cual por su cercanía, Pekín se ve más involucrada y, por ende, afectada.

El actual interés mutuo que China y Estados Unidos tienen respecto a la península de Corea se enfoca en los “tres no” que constituyen las metas fundamentales que evocan la cuestión de la seguridad: no guerra entre norte y sur; no armas nucleares en la península y no colapso de Corea del Norte. De hecho, tanto Pekín como Washington son los dos países que aportan la mayor cantidad de asistencia alimenticia a Pyongyang (Wu, 2000).

Del mismo modo, para Estados Unidos la alianza militar con Corea del Sur y el mantenimiento de 37 000 efectivos estacionados en la península constituye un elemento crucial que influye determinadamente en su seguridad nacional a través de una eficaz capacidad de disuasión contra cualquier eventualidad del régimen de Pyongyang.

Para China una de las consideraciones principales en el aspecto de su seguridad nacional es lo que denominan “estabilidad en su periferia”. Bajo esta premisa percibe que la actual dinámica de pláticas y negociaciones con las dos coreas y Estados Unidos concuerda con el objetivo de Pekín de reducir o neutralizar las tensiones que se vayan presentando. Por ello Pekín ha estado motivando el diálogo directo entre Washington y el régimen de Pyongyang, sobre todo después del establecimiento de relaciones con Corea del Sur en 1992.

Del mismo modo, apoya el llamado de Corea del Norte para la renegociación del Acuerdo de Armisticio que finalice las hostilidades de la guerra de Corea (Roy, 1998: 209). Sin embargo, al igual que sus colegas norcoreanos, los líderes chinos han ejercido, sobre todo en la última década, una dura y constante crítica a los ejercicios militares conjuntos que las tropas estadounidenses y sudcoreanas han realizado por considerarlas amenazantes y provocadoras.

En la actualidad la cuestión de la seguridad nacional en la península de Corea también incluye la problemática, que no se limita únicamente al temor de una confrontación convencional o de un ataque nuclear —a pesar de la creciente incertidumbre que provocan estados subdesarrollados que buscan hacer efectivos sus reclamos—, sino que la preocupación se extiende a una cuestión de carácter socioeconómico. Con lo anterior, quiero explicar que tanto Washington como Seúl creen que el régimen norcoreano es endeble y que su caída es sólo cuestión de tiempo (Weeks y Meconis, 1999: 216). Por ello no temen sólo a una actitud agresiva de Pyongyang, sino a la posibilidad de que bandadas de refugiados norcoreanos en busca de mejores condiciones de vida crucen las fronteras y provoquen un caos que afectaría en especial la estabilidad social de Corea del Sur y China.

Washington y Seúl buscan la trascendental colaboración de China y destacan que a través de sus esfuerzos conjuntos se evite cualquier esbozo de reacción violenta de Corea del Norte y se encamine a Pyongyang a una transición pacífica de reformas económicas y políticas que impidan que una desestabilización en la península tenga consecuencias catastróficas para sus respectivas sociedades.

La incertidumbre que se genera en la problemática de la seguridad nacional no se muestra de una forma ya establecida, sino que se produce debido a que los estados no pueden saber con la suficiente certeza las intenciones que tienen los demás. No obstante, el enfoque constructivista proporciona cierto

entendimiento acerca de lo que comúnmente pasa en las interacciones entre los estados.

Lo señalado en el párrafo anterior es explicado por el interés chino de mantener la estabilidad en la península, lo cual ha guiado normalmente a Pekín a usar su influencia para proteger a Corea del Norte debido a la percepción de que es un país vecino débil. Además, interpreta que las “aparentes” acciones agresivas de Pyongyang no tienen una intencionalidad ofensiva, sino que es el resultado de la inseguridad que siente para tratar a Estados Unidos y a Corea del Sur como iguales (Roy, 1998: 209); por ello, bajo su protección, trata de promover en Pyongyang una actitud más accesible ante la realidad existente.

Asimismo, a los líderes chinos no les importa mucho la preservación de un “aliado ideológico” que se comportó en el pasado de una forma utilitaria entre Moscú y Pekín, sino que están más preocupados por la inestabilidad regional en la península a partir de alguna acción desesperada por parte de Pyongyang. Por ello considero que la dinámica de cooperación con Washington y Seúl no sólo es necesaria para la estabilidad en su “periferia”, sino que también es benéfica para explotar las oportunidades de cooperación económica y política que le permitan alcanzar sus aspiraciones de desarrollo y modernización motivadas por un ambiente regional estable.

Finalmente, en lo referente al poder, el balance de la amenaza y la seguridad nacional, el enfoque constructivista explica que la interacción que se está desarrollando entre China, Estados Unidos, Corea del Norte y Corea del Sur se enmarca en un contexto en el que se mide el grado de cooperación que Washington y Pekín están desarrollando; del mismo modo enfoca la relevancia que la península de Corea juega en sus esquemas de seguridad nacional y cómo actúan utilizando su influencia para solventar cualquier situación que les afecte.

Explicación neorrealista de la relación política entre China, Estados Unidos, Corea del Norte y Corea del Sur

El enfoque neorrealista explica que la relación de los estados en el sistema internacional está caracterizada por una dinámica donde los actores buscan un balance de poder con el objetivo de prevenir o repeler cualquier agresión y asegurar su integridad territorial y su supervivencia. Bajo ese contexto, la cuestión coreana influye directamente en la relación política sino-estadounidense porque refleja una dinámica en la que por medio de sus influencias, alianzas y posicionamientos tanto Estados Unidos como China buscan mantener (o incluso mejorar) una situación que refuerce su posición geoestratégica en la región.

Anarquía, preferencias de los estados y supervivencia en la relación política entre China, Estados Unidos, Corea del Norte y Corea del Sur

Los neorrealistas argumentan que debido al marco anárquico que exhibe el sistema internacional, la simple interacción entre actores impone una dinámica de amenazas y presiones para todos los estados. Ante la consideración de la diversidad de objetivos y caracteres entre los países, todos los estados se muestran como amenazas para la integridad o la supervivencia de los otros. Estas amenazas potenciales deben ser tomadas en cuenta, por lo tanto los estados tienen que disuadir dichas amenazas por medio de su autodefensa o atrayendo aliados (Horowitz, 2001: 36).

Lo anterior marca la inmersión de los estados en una búsqueda constante de la supervivencia bajo el argumento de que consideran que lo más importante es el poder relativo y por medio de ello buscan sobrevivir maximizándolo frente a otros estados para mantener la capacidad de recursos de defensa propia.

El enfoque neorrealista explica que los estados tienen preferencia por su seguridad

(Legro y Moravcsik, 1999: 16). En ese sentido, en el contexto de la península coreana, se puede decir que tanto Pyongyang como Seúl han apostado esencialmente por su seguridad en los términos que la estructura internacional ha impuesto. Asimismo, la importancia de su preferencia por la seguridad ha otorgado centralidad a las alianzas, no sólo porque ha proporcionado una garantía solvente para asegurar su propia supervivencia ante la posibilidad de un ataque de la otra parte, sino también porque permite la posibilidad de disuasión, al menos en el corto plazo.

China y Estados Unidos han desplegado hacia la península una política que difiere un tanto de la que emplearon durante la guerra fría, pero siguen manteniendo la característica de despliegue estratégico para impedir la expansión de la influencia del otro en su zona. La problemática se extiende ante la posibilidad de que un conflicto entre las dos coreas empuje, por un lado, a una vigorosa intervención de Estados Unidos ante la necesidad de defender su posición en la península y el respaldo de su alianza con Seúl, y por otro, a una respuesta de China ante el temor de que tropas norteamericanas —su mayor contraparte— se acerquen peligrosamente a sus fronteras y de que su estrategia por incrementar su influencia en la región se pierda.

El enfoque neorrealista establece que los estados también toman en cuenta la utilización de la agresión como el mejor medio para acumular poder a expensas de sus adversarios. Sin embargo, en el caso de Corea del Norte ante la crisis económica, política y militar (Horowitz, 2001: 50), una acción agresiva en el exterior refleja más una clara estrategia dirigida a la supervivencia de su propio régimen por medio del despliegue de la promoción de su patriotismo, que un intento eficaz de lograr la unificación de la península por medio de la guerra.

Del mismo modo, el presumible desarrollo de misiles de largo alcance con capacidad nuclear por parte de Corea del Norte, representa una opción de respuesta disuasiva para

Pyongyang que permite inhibir cualquier tentación que tengan Estados Unidos y Corea del Sur de derrocar al régimen de Kim Jong Il, apoyados por su superioridad tecnológica en armas convencionales (Horowitz, 2001: 50). Así también, ante un inminente desarrollo de armas nucleares por parte de Pyongyang, Seúl, con su adelanto industrial y tecnológico, se vería tentado a implementar el desarrollo de armas de destrucción masiva dentro de sus esquemas de defensa nacional.

Todo lo anterior tiene trascendencia al explicar desde la perspectiva neorrealista que la península de Corea sigue estando expuesta a un alto grado de confrontación debido a la estructura conflictiva de un sistema internacional anárquico. Como resultado, para las dos coreas los efectos inmediatos se remiten a la necesidad de garantizar su seguridad nacional y su propia supervivencia. Por su parte, para China y Estados Unidos, los efectos abarcarían tanto la seguridad nacional para la primera, así como la contención en sus respectivas estrategias de aumentar su influencia en la región para ambos. Asimismo, se plantea que la dinámica de acciones y respuestas ha inhibido cualquier esquema de cooperación regional efectiva que permita una solución real que no sea la confrontación.

El poder y el balance de poder en la relación política sino-norteamericana en la península de Corea

Los neorrealistas argumentan que ante la naturaleza anárquica del sistema internacional, los estados buscan desarrollar su poder militar debido a que consideran que es la vía más confiable para asegurar su supervivencia. Con este enfoque se explica que la cuestión coreana ha estado sujeta desde el mismo inicio de la guerra fría a una constante exhibición de poder y de posicionamiento geoestratégico por parte de sus participantes.

Durante la confrontación armada que se desarrolló entre 1950 y 1953, tanto Estados Unidos como China desplegaron una capaci-

dad enorme por detener y derrotar a su enemigo. La ventaja inicial que tuvo Estados Unidos en su poder convencional y la posibilidad del uso de armas nucleares quedó limitada por la estrategia desplegada por China y el respaldo nuclear que la entonces Unión Soviética proporcionó a Pekín. Posteriormente, en pleno desarrollo de la guerra fría, China también adquirió y desarrolló capacidad nuclear de disuasión, mientras que Estados Unidos perfeccionó e incrementó su capacidad nuclear a niveles descomunales. Las dos coreas, pero principalmente Corea del Norte, desarrollaron una capacidad convencional característica de estados insertados en una constante dinámica de retos y respuestas que comprendía la “necesidad” de exhibir su fuerza en materia militar.

Tras el fin de la era bipolar, la perspectiva neorrealista explica que el fondo de la problemática coreana continúa sujeto a la proporción de las capacidades materiales de los actores participantes. Sin embargo, ahora la combinación de dichas capacidades muestra características diferentes de las que exhibieron durante la guerra fría.

Estados Unidos sigue siendo la máxima potencia militar del mundo; además, su capacidad económica, su estabilidad política y sus recursos humanos respaldan totalmente su lugar como hegemon. El poder de China ha empezado a ser considerado como altamente peligroso debido a que, salvo la falta de una capacidad económica acorde al tamaño de su población, cuenta con todo para ser considerada una potencia mundial.

Mientras tanto, Corea del Sur y Corea del Norte han venido desarrollando diferentes capacidades materiales en su mutua exhibición de fuerza. Sin embargo, dichas diferencias se compensan ante la realidad mostrada. En primera instancia, Corea del Sur presenta un desarrollo económico, político, social y tecnológico que sustenta y legitima su actual régimen. Sin embargo, por medio del propio apoyo militar Estados Unidos mantiene la pauta en cualquier movimiento

Análisis

geoestratégico que Seúl quiera realizar para responder a las acciones de Pyongyang.

El poder norcoreano se ha visto limitado en los últimos años, principalmente por la fragilidad de su régimen y el decremento económico, lo cual se ha reflejado en el recorte del gasto militar de más de 5 mil millones de dólares en 1994 (Kim, 1997: 160) a 1.3 mil millones de dólares en 1999, un 15% de su presupuesto total (Heo y Hyun, 2001: 106). No obstante, su poderoso ejército de un millón de efectivos, su capacidad convencional y de misiles puede suplir, en una primera instancia, la desventaja convencional respecto a la alianza Washington-Seúl (Uscanga, 2000: 104-105).

De esta manera, el enfoque neorrealista analiza la posibilidad de que pudiera haber estallado una guerra en la península debido a la sobrevaluación de China y su aliado Corea del Norte de su poder militar, o la desestimación de la capacidad de Corea del Sur o la capacidad de respuesta norteamericana. El planteamiento también se aplica a la consideración por parte de Washington y Seúl de sobreestimar su fuerza y menospreciar la capacidad de Pyongyang y la fuerza de una posible respuesta por parte de Pekín (Horowitz, 2001: 37).

La cuestión del balance de poder amplía la explicación de un enfoque neorrealista respecto a la cuestión en la península de Corea. El balance de poder permite que los estados puedan mantener la estabilidad de la estructura para su supervivencia, por ello dicho balance resulta trascendental para la estabilidad del sistema.

Así, bajo una perspectiva neorrealista se explica que Estados Unidos como hegemon mundial trate de impedir la emergencia de una nueva potencia; con ello desea evitar que un balance de poder en la región quede fuera de su control. Su idea en sí, es mantener el *statu quo* prevaleciente. Del mismo modo, en la actualidad mantienen 37 mil efectivos estacionados en Corea del Sur y apoya en ar-

mamento y entrenamiento al ejército sudcoreano de 600 000 hombres con la intención de mantener una capacidad eficaz de disuasión contra cualquier eventualidad proveniente del régimen de Pyongyang. La situación en la región tiene un mayor impacto en el ámbito militar si se toma en cuenta que la península tiene más fuerzas militares por kilómetro cuadrado que cualquier otro lugar en el mundo (Waltz, 1993: 64).

Por su parte, se plantea que tras el cambio en la última década en la distribución de poder y el posterior sentido de vacío en el balance regional, China se ha mostrado insatisfecha. Considera inquietante el rol que Estados Unidos ha venido desarrollando en la zona por medio del fortalecimiento de alianzas regionales y de la protección a Taiwan. Con ello Pekín no sólo ve afectado el principio de “una China”, sino que percibe que el posicionamiento estadounidense se dirige a marcar un alto a sus intereses inmediatos de convertirse en una “superpotencia” regional (Kim, 1997: 161-162).

Del mismo modo, la tentación de ambiciones hegemónicas de China en Asia del este ha motivado a Pekín a incrementar su poder en la región. Incluso algunos analistas consideran que dicho poder es tan importante como el que mantenía en su momento la Unión Soviética en Europa (Wilhelmy, 2000: 43). De esta forma, el enfoque neorrealista exhibe que el enlace entre poder y balance de poder invoca, de alguna manera u otra, la tentación del conflicto causada por la insatisfacción del actual *statu quo* en la península de Corea por parte de China; mientras que para Estados Unidos la situación actual representa la posibilidad de continuar aventajando estratégicamente y conteniendo a posibles rivales en el área.

Conclusión

La problemática que aún persiste entre Corea del Norte y Corea del Sur ha sido uno de los factores determinantes para que Estados Unidos mantenga su presencia en el área como elemento estabilizador. La proyección de esa dinámica responde al rubro de las capacida-

des geoestratégicas en cuanto a una ubicación continental de sus tropas.

Bajo un enfoque neorrealista, la problemática en la península de Corea se explica con un replanteamiento de una confrontación de carácter hegemónica, con la instrumentación por parte de Estados Unidos de una estrategia de contención destinada a impedir que China incremente su influencia en la región. Del mismo modo, ha mantenido cierta ventaja geoestratégica al continuar con sus tropas en la zona.

China está insatisfecha por el actual *status quo* en la zona, y a través del despliegue diplomático y el incremento en sus capacidades de poder ha buscado disminuir la influencia estadounidense en la península. Asimismo, su acercamiento diplomático y económico con Seúl y el apoyo continuo al régimen de Pyongyang, parecieran respaldar esta posición.

Sin embargo, el planteamiento neorrealista no explica porqué si Estados Unidos tiene la capacidad material para derrocar al régimen norcoreano, acercarse físicamente a las fronteras chinas y terminar con la amenaza de un bastión por el cual Pekín podría expandir su influencia en la zona, no lo ha hecho. Tampoco explica que la posición de China respecto a la problemática coreana, así como la protección a Corea del Norte no refleja un indicio de propensión a la disputa por el poder regional con Estados Unidos, sino a un posicionamiento que indica, en primera instancia, la preocupación de su seguridad regional, y en segundo lugar, la autopercepción —con su respectiva demanda—, de su importancia como actor fundamental e indiscutible en el acontecer regional. De esta forma, considero que el enfoque constructivista aporta una mejor explicación de la cuestión en la península de Corea en la relación política sino-norteamericana.

Con respaldo en este enfoque, planteo que Estados Unidos se ha visto comprometido no sólo a apoyar a su mayor socio en tierras continentales asiáticas, sino también a defen-

der su prestigio como país garante de la democracia y de la libertad. Sin embargo, dado el carácter histórico y la naturaleza del conflicto en la península, los norteamericanos se han visto imposibilitados para llevar a cabo de forma unilateral el manejo de una labor estabilizadora.

Por su parte, China mantiene el interés en los acontecimientos que se presenten entre las dos coreas, ya que dentro de sus metas de seguridad está precisamente la estabilización de la península de Corea, es decir, lo que consideran como su periferia. Del mismo modo, está consciente de lo que su papel histórico e influyente representa en la región, así como de la dinámica diplomática actual y el reclamo de su derecho a la mediación por intereses geoestratégicos y de prestigio al buscar la estabilización en la península, sobre todo en aquellos asuntos regionales que le afectan directamente.

El asunto de la mediación en la península de Corea ha hecho que Washington reconozca la importancia que Pekín juega en la región. Esta situación representa la admisión por parte de Estados Unidos del poder que China mantiene sobre su vecino, un poder capaz de ejercer cierta autoridad sobre un país, al que Washington se le dificulta convocar. El poder chino se torna más expresivo aún, debido a que el apoyo que le proporcionó a Estados Unidos en dicho asunto se vio recompensado con el tratamiento de Nación Más Favorecida que le otorgó la administración Clinton en 1997.

En ese sentido, se puede decir que mientras que el enorme poder militar y político de Estados Unidos no pudo ser utilizado para convocar a Corea del Norte a entablar conversaciones, el poder chino expresado en la ventaja de una posición específica basada en la interacción histórica y política sobre Pyongyang, pudo ejercer una mayor efectividad. De esta forma, tal y como Guzzini lo argumenta, el poder planteado bajo la perspectiva constructivista requiere ser reconocido, más que por sus capacidades materiales, por el valor intersubjetivo que éste tiene para lograr ciertos fines.

El asunto de la península de Corea también responde a la propia medición de la relación política entre Estados Unidos y China en la región. Esto se debe principalmente a que, a pesar de una serie de problemáticas en el campo de la política regional actual, la cuestión de las dos coreas es el único tema en el que Washington y Pekín han estado infiltrados de *vis a vis* en un entorno de amplia cooperación.

De esta forma, las Pláticas de las Cuatro Partes han implicado que tanto Estados Unidos como China se enfraquen en una dinámica de cooperación bajo el interés mutuo que confiere a la propia seguridad de la región, en la cual China se vería más afectada en caso de conflicto. Así, el marco de cooperación por la estabilidad de la península de Corea entre Estados Unidos y China, se templea en un termómetro que mide la capacidad de entablar acuerdos políticos regionales que competen a ambas potencias y enfoca el grado de cooperación efectiva, que en un momento determinado ambos países puedan ser capaces de establecer y mantener.

Bibliografía

Adler, Emanuel (1997) "Seizing The Middle Ground Constructivism", *World Politics*, European Journal of International Relations. London, vol. 3, núm.3, pp. 319-363.

Anguiano, Eugenio (2001) "China contemporánea: la construcción de un país (desde 1949)". Programa de estudios APEC. Centro de Estudios de Asia y África. El Colegio de México.

— (2000) *Seguridad regional Asia Pacífico*. Centro de Estudios del Pacífico. El Colegio de México.

Baldwin, David A. (1993) *Neoliberalism, Neorealism, and World Politics: The Contemporary Debate*. David A. Baldwin Editor. New York, pp. 3-25

Chan, Steve (1992) "National Security in the Asia-Pacific: Linkages Among Growth, Democracy and Peace", *Contemporary Southeast Asia*. Institute of Southeast Asian Studies, vol. 14, núm. 1, pp. 13-32.

Checkel, Jeffrey T. (1998) "The Constructivism Turn in International Relations Theory", *World Politics*, vol. 50, núm. 2, pp. 324-348.

Chen, Jian (2000) *China en transición: Sociedad, cultura y economía*. En Taciana Fisac y Steve Tsang editores. Editorial Bellaterra. Barcelona, España, pp. 393-419.

Christensen, Thomas J. (1996) *Grand Strategy, Domestic Mobilization, and Sino-American Conflict, 1947-1958*. Princeton University Press. Princeton, New Jersey, pp. 3-31.

— (1996) "Chinese Realpolitik", *Foreign Affairs*, vol. 75, núm. 5, pp. 37-52.

Chung-in Moon y Chang-hee Nam (2001) "Changing U.S.-Japan-China Relations and the Future Challenges to the ROK-U.S. Alliance". *Pacific Focus*, Center for International Studies, Inha University, vol. XVI, núm. 2, pp. 5-23.

Collins, Alan (2000) *The Security Dilemmas of Southeast Asia*. MacMillan Press LTD. London, England.

Cornejo, Romer A. (1998) "China: la consolidación de un nuevo liderazgo y una exitosa democracia". *Asia-Pacífico*. Centro de Estudios del Pacífico. El Colegio de México, pp. 111-123.

De Castro, Renato (1994) "U.S. Grand Strategy in Post-Cold War Asia-Pacific", *Contemporary Southeast Asia*. Institute of Southeast Asian Studies, vol. 16, núm. 3, pp. 342-353.

DeRouen jr. Karl (2001) "U.S. Foreign Policy in the Korean Peninsula", *Pacific Focus*. Center of International Studies, Inha University, vol. XVI, núm. 1 (primavera), pp. 77-87.

Deutsch, Karl (1990) *Análisis de Relaciones Internacionales*. Ediciones Gernika S.A. México.

Eliot, Kang (1996) "Korean Unification: A Pandora's Box of Northeast Asia?". Asian Perspective. *Journal of Regional and International Affairs*. School of Government Portland State University. Oregon USA, vol. 20, núm. 2 (otoño-invierno), pp. 9-43.

Gaddis, John Lewis (1992-1993) "International Relations Theory and the End of the Cold War", *International Security*, vol. 17, núm. 3, pp. 5-58.

González, Juan (2000) "Estados Unidos: Acuerdo bilateral con China para su acceso a la Organización Mundial de Comercio", *México y la Cuenca del Pacífico*. Departamento de Estudios del Pacífico. Universidad de Guadalajara. Enero-abril, vol. 3, pp. 53-60.

— (2002) "La política comercial de la RP China y su aceptación-regreso a la OMC". *Estudios del Pacífico*. El Colegio de México, pp. 1-30.

Grieco, Joseph M. (1993) Anarchy and the Limits of Cooperation: A Realist Critique of the Newest Liberal Institutionalism, en David A. Baldwin Editor. New York, pp. 116-140.

- Guo-cang, Huan. (1992) *La contención y el triángulo del nordeste asiático*. En Terri L. Deibel y John Lewis Gaddis. La contención concepto y política Grupo Editor Latinoamericano. Buenos Aires.
- Guzzini, Stefano (1993) "Structural power: the limits of neorealist power analysis", *International Organization*, vol. 47, núm. 3, pp. 443-478.
- Halliday, Fred (1994) *Los finales de la Guerra Fría. Después de la Caída: El Fracaso del Comunismo y el futuro del Socialismo*, en Blackburn Robert. Editorial Cambio XXI. México.
- Hee-Suk Shin (1996) "U.S.-Japan Security Relations and the Politics of Northeast Asia. Asian Perspective", *Journal of Regional and International Affairs*. School of Government Portland State University, Oregon, USA, pp. 333-341.
- Heo, Uk and Hyun, Ching-Min (2001) "An Analysis of South Korea's Policy Toward North Korea", *Pacific Focus*. Center of International Studies, Inha University, vol. XVI, núm. 1 (primavera), pp. 89-102.
- Hinton, Harold (1966) *La China comunista en la política mundial*. Unión tipográfica Editorial Hispanoamericana.
- Holland, Lorien and Hoom, Shim Jae (2000) "China's Korea Game", *Far Eastern Economic Review*, junio, pp.16-17.
- Hopf, Ted (1998) "The Promise of Constructivism in International Relations Theory", *International Security*, vol. 23, pp. 172-200.
- Horowitz, Shale (2001) "Reconstructing Conflict in East Asia: Preserving Two Koreas, and Moving towards One China and One Taiwan", *Pacific Focus*. Center of International Studies, Inha University, vol. XVI, núm. 1 (primavera), pp. 35-55.
- Hurd, Ian (1999) "Legitimacy and Authority in International Politics", *International Organizations*, vol. 53, núm. 2 (primavera), pp. 379-408.
- Johnston, Alastair I. (1996) *Cultural Realism and Strategy in Maoist China*, en Katzesntein Peter. Columbia University Press. New York, pp. 217-268.
- Katzestein, Peter (1996). *The Culture of National Security: Norms and Identity World Politics*. Columbia University Press. New York.
- Keohane, Robert O. (1993) *Instituciones internacionales y poder estatal: Ensayos sobre teorías de Relaciones Internacionales*. Grupo Editorial Latinoamericano. Buenos Aires.
- (1993) *Institucional Theory and the Realist Challenge after the Cold War*, en David A. Baldwin Editor. New York, pp. 269-300.
- Kim, Samuel S. (1998) "China on the World: chinese foreign policy faces the new millennium", *Westview Press*.
- Kim, Woosang (1997) "Power Transition and Strategic Stability in East Asia", *Asian Perspective a Journal of Regional and International Affairs*. School of Government Portland State University. Oregon USA, vol. 21, núm. 1 (primavera-verano), pp. 153-170.
- Lebow, Richard Ned (1994) "The Long Peace, the End of the Cold War, and the Failure of Realism", *International Organization* 48: (primavera), 249-77.
- Legro, Jeffrey W. And Moravcsik, Andrew (1999) "Is Anybody Still a Realist?", *International Security*, vol. 24, núm. 2 (otoño), pp. 5-55.
- Levine, I Steven (1998) "Sino-american relations: Practicing Damage Control", en Kim Samuel S. Westview Press, pp. 91-113.
- Mann, James (1998) *A history of Americas curious relationships with China, from Nixon to Clinton*. Vintage Book.
- Mearsheimer, John J. (1990) "Back to the Future: Instability and Europe after the Cold War", *International Security*, vol. 15, núm. 1 (verano), pp. 5-56.
- Morgenthau, Hans J. (1994) *Relaciones Internacionales: pensamiento de los clásicos*. Noriega Editores. México.
- Nolt, James H. (1999) "Liberalizing Asia", *World Policy*, vol. 16, núm. 2, pp. 94-110.
- Ochoa León, Sara María (2000) "El interés de China por ingresar a la OMC y la venta de armas de EU a Taiwan" *Proyección 2000*, Organo de Fundación Noreste. Veracruz, México, julio, vol. 9, pp. 66-69.
- Oka, Takashi (2001) "US-Japan Alliance: the Political Dimension", *Asia-Pacific Review*, vol. 8, núm. 1, pp. 10-19.
- Ortiz, Eduardo (2000) *El estudio de la Relaciones Internacionales*. Fondo de Cultura Económica Chile S.A. Chile.
- Price, Richard and Reus-Smit, Christian (1998) "Dangerous Liaisons? Critical International Theory and Constructivism", *European Journal of International Relations*. London, vol. 2, núm. 3, pp. 259-294.
- Roehrig, Terence (2001) "Assessing North Korean Behavior and the June 2000 Summit", *Pacific Focus*. Center of International Studies, Inha University, vol. XVI, núm. 1. (primavera), pp. 103-115.
- Segal, Gerald (1999) "Does Chinas Matter?", *Foreign Affairs*, vol. 78, núm. 5, pp. 24-36.
- Shambaugh, David (2001) "Facing reality in China Policy", *Foreign Affairs*. Jan/Feb. New York, United States, vol. 80, núm. 1, pp. 50-64.

Snyder, Craig A. (1997) "Building Multilateral Security Cooperation in the South China Sea", *Asia Perspective*, vol. 21 (primavera-verano), pp. 5-36

Stevenson, H. Charles (1992) "U.S. Foreign Policy in Southeast Asia: Implications for Current Regional Issues", *Contemporary Southeast Asia*. Institute of Southeast Asian Studies, vol. 14, núm. 2.

Uscanga, Carlos (2000) Conflicto geoestratégico y armamentismo en la posguerra fría. *Desarrollo económico y problemas geoestratégicos en Asia-Pacífico*. Ediciones El Caballito, UNAM, pp. 89-130.

Van Evera, Stephen (1990) "Why Europe Matters. Why the Third World Doesn't: American Grand Strategy After the Cold War", *The Journal of Strategic Studies*, vol. 13, núm. 2, pp. 1-51.

Viotti, R. Paul and Kauppi, Mark V. (2000) *International Relations Theory: Realism, Pluralism and Globalism*. A Viacom Company. United States.

Walt, Stephen M. (1998) "International Relations: One World Many Theories", *Foreign Policy* (spring), pp. 29-46.

Waltz, Kenneth (2000) "Structural Realism after Cold War", *International Security*, vol. 25, núm. 1 (verano), pp. 5-41.

— (1996) "International Politics Is Not Foreign Policy", *Security Studies*, vol. 6, núm. 1 (otoño), pp. 54-57.

— (1993) "The Emerging Structure of International Politics", *International Security*, vol. 18, núm. 2 (otoño) pp.44-79.

— (1988) *Teoría de la Política Internacional*, Grupo Editorial Latinoamericano, Argentina.

Weber, Cynthia (2001) *International Relations Theory: A critical Introduction*. Routledge Taylor & Francis Group. London and New York, pp. 60-80.

Week, Stanley B. y Meconis, Charles A. *The armed forces of the USA in the Asia Pacific region*. I.B. Tauris.

Wendt, Alexander (1992) "Anarchy is what States Make of it: The Social Construction of Power Politics", *International Organization*, vol. 46, núm. 2 (primavera), pp. 391-425.

Wendt, Alexander (1999) *Social Theory of International Politics*. "Ideas all the way down?: on the constitution of

power and interest". Cambridge University Press. United Kingdom.

Wilhelmy, Manfred (2000) "El proceso de reformas en China y la política exterior", en *Estudios del Pacífico*. El Colegio de México, núm. 2, pp. 1-45.

Wohlforth, William (1998) "The Stability of a Unipolar World", *International Security*, vol. 24, núm. 1, 5-41.

— (1998) "Realism and the End of the Cold War", *International Security*, vol. 19, núm. 3, pp. 91-129.

Wang, Jianwei y Wu, Ximbo (1998) *Against Us or with Es? The Chinese Perspective of America's Alliance with Japan and Korea*. The Asia/Pacific Research Center of Stanford University's Institute for International Studies. Mayo.

Wu, Ximbo (2000) "U.S. Security Policy in Asia: Implications for China-U.S. Relations", *Foreign Policy Studies*. Center for Northeast Asian Policy Studies Shanghai China (septiembre).

You, Yi (1999) "The Revolution in a Military Affairs and the Evolution of China's Strategic Thinking", *Contemporary Southeast Asia*. Institute of Southeast Asian Studies, vol. 21, núm. 3, pp. 344-364.

You, Yi (1995) "A Test case for China's Defence and Foreign Affairs", *Contemporary Southeast Asia*. Institute of Southeast Asian Studies, vol. 16, núm. 4 (marzo), pp. 375-403.

Yu, Helmut (2000) "Taiwan's Status". *Far Eastern Economic Review* (julio).

Yuan, Jing-Dong (1995) "China's Defence Modernization: Implications for Asia-Pacific Security", *Contemporary Southeast Asia*. Institute of Southeast Asian Studies, vol. 17, núm. 1.

Otras fuentes

Kartman, Charles (2001) Subsecretario de Estado adjunto principal para Asuntos de Asia Oriental y el Pacífico. Informe (Japón y Corea: Asociados claves de seguridad de Estados Unidos en el Nordeste de Asia).

U.S.-China Policy Review Main Page (1998). 